

sicion falsa, ó un raciocinio mal trabado. No dudo que se habrá V. convencido, de que si con el tiempo se resuelve á volver al seno de la religion podrá V. amarse á sí mismo. Entre tanto viva V. seguro del afecto de este S. S. y amigo Q. B. S. M.

J. B.



CARTA XII.



Mi estimado amigo: el método que va siguiendo V. en la discusion epistolar que hemos entablado, me va manifestando una verdad, que si bien ya la tenia conocida, me la hace V. mucho mas evidente: hablo de la poca fijeza y exactitud en la moral; vicio de que adolecen generalmente los que no están fundados sobre el sólido cimiento de la religion. Con mucha verdad se ha dicho que la moral sin dogma era justicia sin tribunales. Oye-seles á Vds. ponderar y ensalzar con entusiasmo la sublime doctrina de Jesucristo en todo lo concerniente á la conducta del arreglo del hombre; confiesan que nada hay superior ni igual entre los filósofos antiguos y modernos; reconocen que nada hay que añadir ni quitar; todo esto con una sinceridad y una expresion de buena fé, que no le dejan á uno duda de que si rechazan los dogmas de la religion cristiana, al menos abrazan como conviccion filosófica la moral que ellas nos enseña. Cuando hé aquí que á lo mejor, hablando de puntos de alta importancia, se disparan de improviso con la exposicion de una doctrina que no puede conciliarse con la

moral del Evangelio, pues que se halla en abierta oposicion con lo que éste prescribe. Así me ha sucedido con la última de V., en la cual despues de resignarse á abandonar la trinchera en que se habia hecho fuerte, pretendiendo que nuestra religion se empeñaba en luchar con lo mas íntimo de la naturaleza, al prohibir como cosa mala el amor propio, me viene V. modificando su argumento, pero en realidad proponiéndose un objeto semejante.

Dice V. que está de acuerdo conmigo en que la religion no destruye, sino que rectifica el amor propio; y no tiene V. inconveniente en reconocer que las objeciones de su carta anterior estribaban en un supuesto falso. No obstante, deseando no abandonar el terreno sin combatir, se empeña V. en sostener que la manera con que la religion rectifica el amor propio es demasiado dura, y contraria por demas á los instintos de la naturaleza. Aquí tiene su aplicacion lo que le estaba diciendo poco antes, á saber, que los hombres irreligiosos caen con frecuencia en una contradiccion patente, alabando de una parte la moral de Jesucristo, y atacándola por otra sin consideracion al miramiento. Usted pertenece al número de aquellos que se glorian de reconocer la santidad de la moral evangélica, y sin embargo no tiene reparo en condenarla por lo que prescribe con respecto á las pasiones. Y ¿sabe V. que el declarar una moral mala, ó inútil, ó inaplicable en lo relativo á las pasiones, es condenarla poco menos que en su totalidad? ¿No ha advertido V. que la mayor parte de los preceptos de la moral se rozan con el acreglo y represion de las pasiones? Si pues la del Evangelio no sirve para ellas ¿para qué seivirá?

Afirma V. que los preceptos evangélicos son duros en demasia, por oponerse á irresistibles instintos de la naturaleza; y por lo que toca á alguno de sus consejos, se

adelanta V. á decir que dificilmente se le persuadirá que sean conformes á la razon y á la prudencia. Asienta V. por principio que el secreto de dirigir las pasiones es dejarles respiradero para evitar la explosion, añadiendo que el olvido de esta máxima es uno de los defectos capitales de que adolece la moral del Evangelio. No lleva V. á mal que se declaren culpables los actos que inducirian la perturbacion en las familias, y aun aquellos que tienden á multiplicar la poblacion encargando á la caridad pública el fruto de la incontinencia; pero no puede persuadirse que el rigor se haya de llevar hasta el punto de prohibir el mismo pensamiento, declarando culpables á los ojos de Dios aquel que admitiera la liviandad en su corazon, por mas que se abstenga de todo cuanto repugne á la naturaleza ó pueda acarrear algun daño á la familia y á la sociedad. Dejando aparté la discusion á que bajo muchos aspectos podria dar lugar la objecion de V., y cifándonos al punto de vista de la prudencia, que es el que V. encarece principalmente, sostengo que la moral del Evangelio es tan profundamente sabia y cuerda en su pretendida dureza, que seria mucho mas dura si se amoldase á las doctrinas de V. Extravagante asercion ha de parecer esta que acabo de emitir, y no obstante me lisonjeo de poderla apoyar con tales razones, que se vea V. precisado á suscribir á mi dictámen.

Ya que V. parece aficionado al estudio del corazon, me atreveré á preguntarle, si en el supuesto de haberse de prohibir un acto, es mas difícil alcanzar la obediencia prohibiendo tambien el deseo, ó dejándole campear libremente. Tengo por seguro que es harto mas fácil lograr que el hombre evite aquello que no puede ni desear, que no el que siéndole permitido el deseo, haya de abstenerse de la obra. Se ha dicho muy bien que del pensamiento á la ejecucion va tan poca distancia como de

la cabeza al brazo, y la experiencia está enseñando todos los días que quien ha concebido deseos vehementes de poseer un objeto, deja con mucha dificultad de emplear los medios para lograrlo. Cabalmente en la materia de que estamos tratando, se ciega de tal modo la razón, y preponderan de tal suerte las pasiones, que el que se deja arrastrar por ellas se degrada y embrutece, olvidando lastimosamente su honor, sus bienes, su salud y hasta su vida. Y con una pasión semejante, ¿ cree V. que la prudencia aconseja permitir el deseo y prohibir la ejecución? Afirma V. sin vacilar que es dura la prohibición que se extiende al deseo, sin advertir que solo en el sistema de V. hay la verdadera crueldad, pues que se pone al hombre en el tormento de Tántalo haciendo correr á las inmediaciones de sus sedientos labios, aguas frescas y cristalinas que no se le permite probar. Reflexione V. maduramente sobre estas observaciones, y se convencerá de que la verdadera dureza está en la moral de V. y no en la del Evangelio; que en la de V. bajo la apariencia de indulgente suavidad, se pone en verdadera tortura al corazón; y que en la del Evangelio con una severidad prudente y oportuna, se procura á las almas virtuosas la tranquilidad y la calma. El hombre que sabe no serle lícito deleitarse si siquiera en un pensamiento malo, lo rechaza con fuerza desde el momento que se le ocurre, y así no da lugar á que la pasión se exalte y le ciegue; el que creyese no haber pecado sino en la ejecución, procuraría complacer las inclinaciones de la naturaleza, engañándose á sí mismo con la esperanza de que el placer del pensamiento y del deseo no le arrastraría hasta cometer el acto; pero desde el momento que la razón y la voluntad hubiesen abdicado su soberanía, aun cuando fuese con la condición expresa de que no se los había de llevar mas allá de lo que permitieran los

deberes, fuéales imposible contener las pasiones turbulentas que engreidas con la primera concesión no cederían hasta satisfacerse cumplidamente.

Una diferencia capital existe entre la religión cristiana y los filósofos que bajo distintos nombres la combaten: aquella asienta por principio que es preciso atajar las pasiones en su cuna, creyendo que será tanto mas difícil dirigirlas ó sujetarlas cuanto mas incremento se les haya dejado tomar, mientras estos se conducen por la regla de que conviene permitir que las pasiones, aun las tendencias mas aviesas, se desenvuelvan hasta cierto punto, en el cual afirman que es necesario detenerlas. Y; cosa notable! así se portan los filósofos que no disponen de otros medios para dominar el corazón que estériles discursos, cuya impotencia se manifiesta siempre que se hallan en lucha con una pasión algo vehemente; y la religión obra en sentido contrario, ella que abunda de medios eficacísimos para obrar sobre el entendimiento y la voluntad, y señorear al hombre entero. La religión fundada por el mismo Dios se atiene á una regla prudente, estimando en mas la precaución del mal, que no el tener que remediarlo, procurando curarlo cuando es pequeño por ahorrar la dificultad de hacerlo cuando sea grande; y el débil mortal se atreve á soltar el dique á las aguas, afirmando que conviene dejarlas correr libres, y que basta el que cuando lleguen al límite prefijado se les diga: « de aquí no pasareis, y aquí quebrantaréis el orgullo de vuestras olas. »

Yo no sé si se habrá convencido V., mi estimado amigo, con las razones que acabo de alegar en defensa de la moral del Evangelio y en contra del sistema filosófico. Como quiera, no podrá V. negarme que estas consideraciones no son para despreciadas, dado que se fundan en

la misma naturaleza del hombre y en lo que nos está enseñando la experiencia de todos los dias. Lo que hemos aplicado á la pasion mas turbulenta y peligrosa de las que afligen á los míseros humanos, puede decirse de todas las demas, bien que de ella se verifica de una manera particular aquello de que no hay mas remedio que la fuga. Sentencia profundamente sábia y prudente, que advierte al hombre de lo mucho que importa no perder el dominio sobre sí mismo, porque no le seria fácil encadenar las pasiones una vez que hubiese llegado á soltarlas.

Sucede con el individuo lo propio que con la sociedad : si el poder supremo, cuyo cargo es gobernar, principia á ceder á las exigencias de los que deben obedecer, estas van cada dia en aumento, la autoridad se degrada á proporcion que pierde terreno, hasta que al fin se llega á una completa anarquía ó se apela á una reaccion violenta, para recobrar lo perdido y restablecer derechos que jamás se debieran haber abdicado. Las leyes de orden tienen un analogía singular, aun en sus aplicaciones á cosas de naturaleza muy diferente; pudiera decirse que es una misma ley sin mas modificaciones que las absolutamente indispensables para atender á la especie del sugeto que por ellas se ha de regir.

He dicho que cuanto acababa de afirmar sobre la pasion voluptuosa era tambien aplicable á las demas, y voy á hacérselo sentir á V. atacándole por la parte mas sensible que es la filantropía, ya que Vds. los filósofos no pueden tolerar que se ponga en duda su ardiente amor á la humanidad. Estan Vds. encareciendo continuamente el precepto de fraternidad universal, que segun la religion de Jesucristo enlaza á todos los hombres como miembros de una misma familia. Infiérese de dicho mandamiento la prohibicion de no dañar al prójimo, y segun nuestros principios no solo no podemos dañarle, pero

ni aun vener este deseo; por manera que pecamos con solo complacernos en nuestro corazon un pensamiento de venganza.

Ahora bien, aplicando al caso presente la teoría de V., resultará que debe condenarse por sobrado dura la moral cristiana en esta parte, y para seguir los consejos de una *suave prudencia* será preciso contentarse con declarar que es malo el cometer un acto que dañe á nuestros hermanos, pero no lo es el deseo, si nos limitamos á él. Así la bella fraternidad de Vds. se podrá expresar de esta suerte : « Hombres, no os causeis daño ni de obra, ni de palabra, porque con esto faltariais á las reglas de la sana moral, y ofenderiais al Dios que os ha criado, no para que os perjudiqueis mutuamente, sino para que vivais en pacífica armonía. Hasta aquí llega la obligacion; pero entrando en el santuario de vuestro interior, sois dueños de desear á los demas hombres todo el mal que os pluguiere, seguros de que con ello no cometereis ninguna falta, pues que Dios no es tan duro que haya querido no solo prohibir los hechos, sino tambien el pensamiento y el deseo. » ¿No le parece á V. que el precepto de la caridad, de la fraternidad universal, es cosa curiosa y peregrina si le explicamos de esta manera? Y sin embargo es evidente que de esta suerte lo explica V., no habiendo yo hecho otra cosa que reunir las partes del sistema para que se notara mas vivamente el contraste.

El vicio radical de dicho sistema es poner en desacuerdo lo interior con lo exterior, es suponer que conviene limitar las obligaciones morales á los actos externos, es establecer una especie de moral civil, que en último análisis vendria á parar á una jurisprudencia puramente humana, sin otro objeto que impedir el que se perturbase la tranquilidad pública. A este resultado

conducen las doctrinas de V.; y nada extraño es que así sea, puesto que es muy natural que en desterrando á Dios del mundo, ó no admitiendo religion alguna, es decir, quitando la influencia divina sobre los actos del hombre, queden estos considerados en el órden puramente externo, y no tengan importancia á los ojos del filósofo sino en cuanto son capaces de producir algun bien exterior ó de causar algun mal. Quitando Vds. á Dios, ó lo que viene á parar á lo mismo, destruyendo la religion, destruyen tambien la conciencia, destruyen al hombre interior, y reducen toda la moral á una combinacion de utilidades bien calculadas.

Estas consecuencias le serán á V. desagradables, y no me cabe duda que hará un esfuerzo por rechazarlas; mas para evitar disputas le ruego á V. que vuelva á seguir el hilo del raciocinio que me ha conducido á ellas, pues estoy cierto que haciéndolo así con imparcialidad y buena fé, no podrá menos de reconocer que mis palabras nada tienen de falso ni hiperbólico.

Entre tanto, y para hacer sentir mas y mas los errores é inconvenientes de la doctrina que V. abrazaba con tanta seguridad, voy á hacer una aplicacion de ella al mismo precepto de fraternidad universal, no considerado en su parte prohibitiva, sino en la preceptiva. Dando por sentado que el mal está únicamente en los actos externos, deberemos convenir tambien en que la bondad de las acciones estará tambien en lo exterior: así ejerceremos un acto laudable haciendo bien al prójimo, mas no deseándonoselo. Y ¿sabe V. á dónde nos conduce este principio? ¿Sabe V. que nada menos se logra con él que destruir de un golpe esa fraternidad universal tan encañada por la filantropía de los filósofos? ¿Qué es el amor que se limita á los actos exteriores? ¿Es verdadero amor el que no está en el corazon? ¿No es esto lo mismo

que nos está indicando el lenguaje cuando distingue entre la beneficencia y la benevolencia, es decir, entre hacer el bien, y el desearlo? Así la primera como la segunda no son virtudes muy loables? Quien no puede ser benéfico por faltarle los medios necesarios, ¿no es muy laudable que sea benévolo, esto es, que tenga deseos de hacer el bien, ya que no le sea posible realizarlo? Quien hace el bien ¿no lo desea antes de ponerlo en práctica? Es decir, el hombre benéfico ¿no es antes benévolo? ¿y no es benéfico por lo mismo que es benévolo? Yo no sé si V. mirará las cosas bajo este punto de vista; pero de mí sabré decirle que considero tan enlazados el deseo y el acto, que se me presentan como cosas de un mismo órden, y cómo que la una es complemento de la otra. Mas diré, limitándome á la beneficencia; cuando me figuro á un hombre que hace el bien por un motivo cualquiera, pero que al mismo tiempo no abriga en su corazon un afectuoso deseo que le impulsa á estos actos, es decir, cuando veo la beneficencia separada de la benevolencia, ó no concilio allí un acto de virtud, ó por lo menos la encuentro manca, despojada de los mas bellos adornos que la hacian agradable y encantadora.

Ya ve V., mi querido amigo, que la religion cristiana no anda tan desacertada en entrometerse en los actos internos, en extender sus mandamientos y sus prohibiciones hasta lo mas recóndito que ejecutamos en el fondo de la conciencia; y que el tacharla de dura por este procedimiento, es dar por el pié no solo á la moral religiosa sino tambien á la enseñada por la luz de la razon. Así se enlazan las cosas que parecen mas distantes; así se encadenan las verdades con tan estrecha intimidad, que quien se atreve á negar una, se ve forzado á desechas muchas otras, que él tal vez respeta y venera con toda sinceridad y acatamiento. De esas consideraciones

desearía yo que sacase V. una consecuencia que le he indicado ya varias veces, y que no me cansaré de repetirle, y es la importancia de que al examinar las cuestiones religiosas no nos empeñemos en aislarlas demasiado, pues que corremos peligro de mutilar la verdad, y una verdad mutilada es un error. Los incrédulos y los escépticos incurren casi siempre en este defecto; toman un dogma, un precepto moral, una práctica, una ceremonia de la religion, la separan de todo lo demas, la analizan prescindiendo de todas las relaciones que tiene con otros dogmas, preceptos, prácticas ó ceremonias; no miran el objeto sino por un lado, y de esta manera consiguen que la ceremonia parezca ridícula, que la práctica sea irracional, que el precepto sea cruel, que el dogma sea absurdo. No hay orden de verdades que no venga al suelo si de este modo se las examina; porque entonces no se las considera como son en sí, sino como las ha arreglado allá en su mente el antojo del filósofo. En tal caso se crean fantasmas que no existen, se huye el cuerpo á los verdaderos enemigos para pelear con otros imaginarios, con lo cual es poco peligroso el entrar en la lucha partiendo de un tajo descomunales jayanes.

En la parte moral, mayormente cuando se trata de los sentimientos mas dulces y seductores, no es difícil alucinar á los incautos ofreciéndoles como una expansion inocente lo que es un veneno mortífero. Así, por ejemplo, en la dificultad que V. me propone en su apreciada ¿qué cosa mas conforme á los instintos de la naturaleza, á los mas suaves impulsos del corazón, que la doctrina por V. sustentada? «¿Qué, decia V., no basta prohibir los actos, que podrian producir malos resultados á la sociedad, á la familia, ó al individuo, que sea preciso penetrar hasta lo interior del alma, y allí complacerse

en atormentar el corazón, obligándole á abstenerse hasta de aquellas exhalaciones, que mas bien que crimines deberán ser á los ojos de Dios inocentes desahogos de la naturaleza? Si el mal no se consume, ¿á quién daña el deseo? ¿Es posible que el Criador pueda ofenderse de los actos mas inofensivos de su criatura? » Hé aquí lo que se apellidan golpes sentimentales, y que son argumentos decisivos para las almas candorosas y ardientes, que están ansiosas de una doctrina que excuse sus debilidades, aflojando algun tanto la austeridad de la moral que aprendieron en el catecismo. Pero hé aquí tambien sofismas peligrosos, que á nada conducen para el bienestar y consuelo de aquellos en cuyo favor se hacen, y que antes al contrario los extravían y corrompen de una manera lastimosa. « Qué, se podría replicar imitando el propio tono, ¿sereis tan crueles que permitais arrimar á los labios sedientos el fresco y sabroso licor, y no consintais probarlo? ¿Sereis tan crueles que solteis la rienda á la pasión en las regiones interiores y no le dejéis un desahogo en lo exterior? ¿Sereis tan crueles que desencadeneis las tempestades en el fondo del corazón, que allí conserveis á este agitado y combatido por todos lados, sin dejar que el desahogo le alivie de sus penas, y que extendiéndose la borrasca se haga menos intensa y dolorosa? O cerrad enteramente la puerta al daño, ó permitidle el remedio: no pongais de tal suerte en lucha al hombre interior con el exterior, al corazón con las obras; ya que de humanos os preciais, procurad que no sea tan cruel vuestra mentida indulgencia. »

Por lo que toca al otro punto de si Dios puede indignarse por los actos interiores de su criatura: Qué, podríamos decir, si relaciones hay entre Dios y el hombre, si el Criador no ha abandonado á su criatura, si la mira todavia como digno objeto de sus cuidados, ¿no es

claro, no es evidente que el entendimiento y la voluntad, es decir, lo mas precioso que hay en el hombre, lo que le hace capaz de conocer y amar á su Hacedor, lo que le ensalza sobre los brutos, lo que le constituye rey de la creacion, no es aquello, repetiremos, lo que debe suponerse objeto de la solicitud del Supremo Hacedor, y que este no atiende á los actos exteriores si no en cuanto emanan del santuario de la conciencia donde se complace en ser conocido, amado y adorado? ¿Qué es el hombre si prescindimos de su interior? ¿Qué es la moral si no la aplicamos al entendimiento y á la voluntad? ¿Es fundada, es razonable siquiera, una doctrina que aparentando sobreabundancia de sentimientos de humanidad, y blasonando de dignidad é independencia, mata tan desapiadadamente al hombre en lo que tiene de mas independiente y mas digno?

Persuádase V., mi querido amigo, de que no hay verdad, no hay dignidad en nada de lo que se opone á la religion; que lo que á primera vista parece mas noble y generoso, es en realidad bajo y degradante; y á propósito de sentimientos filantrópicos, guárdese V. de esas inspiraciones repentinas que se le ofrecerán como argumentos decisivos, y que examinados á la luz de la religion y hasta de la sana filosofia, no son mas que raciocinios infundados, ó bien que estribando sobre principios erróneos conducen á establecer el predominio del cuerpo sobre el espíritu, y á desencadenar sobre la tierra las pasiones voluptuosas. Interin vea V. en que puede complacerle este su amigo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XIII.

Mi estimado amigo : Ya veo yo que es empeño inútil el de obligarle á V. á una discusion seguida sobre los dogmas de la religion y los principios en que se fundan, pues que fiel á su sistema de no atenerse á ningun sistema, y guardando inviolablemente la regla de su método, que es no observar ninguno, revolotea como mariposa de flor en flor, de suerte que cuando le creia uno engolfado en alguna cuestion capital y decidido á continuar por largo tiempo el ataque empezado contra un punto de las murallas de la ciudad santa, levanta de improviso los reales, se aposenta en otro campo, y desde allí amenaza abrir nueva brecha esperando que yo acuda á defender el punto atacado, para luego dirigirse á otra parte y fatigarme inútilmente siñ obtener el resultado que deseo. Pero digo mal cuando afirmo que me he fatigado inútilmente; porque si bien es verdad que no me ha sido posible hasta ahora apartarle á V. de su error, porque se ha resistido siempre á sujetarse al trabajo de una discusion sostenida con el debido orden y enca-